

RESEÑAS

Erika Zulay Moreno Bueno - Diego Fernando Meneses Ballesteros
Kirvin Larios - María del Pilar Valencia Jiménez

“[...] la novela de crímenes en Colombia se ocupa del crimen como entidad que da cuenta de una situación de anomia que vive la sociedad en pleno. Esta narrativa habla del delito y la responsabilidad individual en un ambiente general de ausencia de norma, o bien, dentro de un proceso de pérdida de vigencia de la misma.” (Forero, 2012, p.73)

El investigador y escritor Gustavo Forero Quintero (2012) pone de manifiesto el uso de esta terminología, *novela de crímenes*, para denominar la consolidación, dentro de la narrativa nacional, de un género con sus características particulares. Este, a su vez, reemplaza lo que se conoce como *novela policial*, pues la novela de crímenes supera su campo epistemológico.

En la novela, la forma literaria del crimen define su temática, constitución, desarrollo y consecuencias. Estos parámetros, a su vez, forman el campo de acción de la narración. Por ello, no es de extrañar que la falta de sanción en la resolución de la novela sea una constante en la novela de crímenes en Colombia. Como señala Forero (2012):

[...] si los géneros se desarrollan en función de los propios cambios sociales de una comunidad determinada (*Teoría de la novela* de George Lukács), el fortalecimiento de bandas de narcotráfico y el paramilitarismo en Colombia, la corrupción política, la debilidad del Estado o formas de control social que exceden la ley, entre otros hechos, llevan a hablar de este género, denominado *novela de crímenes*. (p.20).

Precisamente, desde lo que Forero denomina novela de crímenes, se narra el Estado de derecho convertido en Estado anómico, cuyas instituciones se permean del crimen, como el narcotráfico o la corrupción, y se convierten en el espejo de una sociedad anómica “cuyas consecuencias pueden ser muy diversas, desde la incertidumbre y el desasosiego hasta el pensar que todo se vale” (Girola, 2005, p.31). La pérdida de valores compartidos va dando espacio a situaciones y sujetos sin ley, esto impide que los individuos vivan dentro de los límites de la legalidad, en una suerte de *anomia individual*.

En Colombia, la novela de crímenes se constituye como un género que reflexiona en torno al crimen, específicamente, sobre su sentido y la sanción del mismo desde la razón política, es decir, en el efecto que esta sanción produce. Esta desadaptación social concierne profundamente a la literatura, porque se trata de la ambivalencia entre la convicción moral de respeto a la ley, frente a la ansiedad, insatisfacción o indefensión de los ciudadanos, particularmente, cuando el escritor debe enfrentarse a términos como héroe o antihéroe.

La resolución de la novela de crímenes se da por el advenimiento de la sanción “por parte del Estado (o, en el mundo de la anomia, por una entidad distinta, como Dios, el propio agente perturbador —en el suicidio—, grupos al margen de la ley que asumen la tarea del control social u otro actante que ejecute la labor restauradora” (Forero, 2012, p.82). Se trata de una resolución que carece de un carácter autoritario y/o edificante.

Para abordar la novela de crímenes como un género específico dentro de la narrativa colombiana, la

noción de crimen adquiere un lugar central en esta investigación. Compartimos a continuación tres reseñas que hacen parte del corpus de novelas colombianas que hemos ubicado en este género. Las reseñas fueron escritas por estudiantes que participan del proyecto de investigación *¡BANG! De crímenes y letras*, adscrito al semillero de investigación del programa de Literatura de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, SILENCIO.

Erika Zulay Moreno Bueno
Docente del programa de Literatura
Correo: emoreno779@unab.edu.co

Sergio Álvarez. Bogotá. Editorial Alfaguara. 2004.

La novela *La Lectora* es el primer trabajo publicado del escritor colombiano Sergio Álvarez. Entre sus reconocimientos se encuentra el premio Memorial Silverio Cañada, en 2002. En España; fue escogida por el suplemento literario del diario *El Mundo* como una de las diez mejores nuevas novelas publicadas en ese país durante el 2001 y, en Colombia, fue adaptada tanto al cine como a la televisión.

La historia comienza con el secuestro de una joven universitaria bogotana, secuestro que no es extorsivo, sino muy diferente: es un rapto para leer una novela, un librito titulado *Engome*, que contiene una historia que puede conducir a sus secuestradores a resolver qué fue de un tal alias Conavi.

Al dar inicio a la lectura de este texto, la novela se bifurca en otras historias: en primer plano, la de Karen y Cachorro, una prostituta de poca monta y un taxista fracasado, quienes toman un maletín lleno de dólares de la mafia después de tener un accidente, provocado por una acción criminal en contra los pasajeros que, en ese momento, transportaban en el taxi. También la de Caliche, un ex-piloto de la mafia, enamorado de Karen, que cae en desgracia y se reduce a indigente en la calle del cartucho. Cada una de estas historias se yuxtapone a la otra, en un entrecruzamiento aparentemente arbitrario, pero que guarda cierta lógica con el curso de los acontecimientos de las historias de cada uno de los personajes. Hay otros personajes, cada uno con su historia de vida y, finalmente, hay otros diálogos breves de personajes del común de la calle, que se interesan por el mismo punto conector de toda la historia: el maletín lleno de dólares. Todos signados por una vida de lucha en

medio de la pobreza, sin más horizonte que el delito para poder subsistir dignamente.

Cuando Cachorro y Karen se recuperan de los traumas inmediatos del accidente, se dan cuenta de que hay un maletín en el asiento trasero; lo abren y descubren que tiene más o menos dos millones de dólares. Toman un puñado, que Karen guarda en su bolso de mano, y el resto lo devuelven al maletín, que tienen que esconder subrepticamente, pues la policía llega al lugar para indagar sobre los hechos.

De ahí en adelante, la historia navega entre los esfuerzos de la pareja por evadir a la *justicia* y escapar para recuperar el maletín, abandonado en un edificio en construcción. En medio de la trama, se van revelando las historias de cada uno de los personajes, sus amores, sus ilusiones y sus desencantos, presos todos de sus instintos sexuales desinhibidos. Al final, todos los personajes terminan derrotados en la insoportable ordinariedad de su existencia.

Con estas distintas voces, el autor explora varios formatos narrativos (desde el diálogo al monólogo, pasando por la narración omnisciente y la primera persona) y el texto logra evadir la monotonía de tono y ritmo.

La novela respira cotidianidad y cultura popular, tiene un ritmo tan frenético, que pareciera que estamos ante un film. Los lugares en los que se desarrolla y sus ambientes sórdidos marcan la atmósfera de la novela en una historia en que “el narcotráfico es el territorio común a todos los personajes”, la vida (la supervivencia) a través de “la continua transgresión del orden y la moral”. A este mundo se ven lanzados, obligatoriamente, por esa otra fuerza, también administrada (como el narcotráfico) por las autori-

dades. Indigentes, atracadores, drogas en consumo y drogas en producción y tráfico, toda una actividad económica de la cual se benefician muy pocos y los involucrados quedan destruidos de cualquier forma. Un mundo que dice qué decir y cómo decirlo y, aún más, cómo usar los cuerpos. Un mundo en el que no hay nada más que el dinero, el dinero en cantidades, sin importar qué hacer para conseguirlo.

Diego Fernando Meneses Ballesteros

Estudiante del programa de Literatura

Correo: dmeneses250@unab.edu.co

Mario Mendoza. Barcelona. Seix Barral. 2001.

Esta novela pretende ser un recorrido por la mente de un criminal. Es el trayecto de un asesino que intenta no ser el típico asesino rencoroso (que no sabe, de hecho, que lo es), pero que antes de serlo se tropieza con una realidad tanto o más miserable que él. En un afán por no ser quien parece ser, el narrador, apodado en su infancia *el Loco Tafur*, supera una peritonitis casi mortífera, se sobrepone y convierte su niñez en una historia de superación personal. Lidia con los abusadores del otro barrio, se vuelve el justiciero, en compañía de su mejor amigo de infancia, se supera infatigablemente en el deporte, en resumen, deja atrás el niño debilucho y bobalicón y, por decisión propia, se convierte en el chico duro.

Todo cambia cuando Tafur comienza a sufrir los desdoblamientos, cargados de alucinaciones (de ahí *el Loco*), que lo llevan a refugiarse en lugares oscuros y solitarios: callejones, basureros, rincones de la ciudad, baños escolares. A partir de entonces, se va alejando de sus amistades e incluso llega a ocultarse en un cementerio, donde conoce a un pintor, uno de los tres maestros que lo influirán en su larga etapa de formación. Los otros dos serán un apasionado profesor de literatura y otro de educación física, quien pone a sus alumnos a realizar una intensa maratón bajo la lluvia, que solo Tafur y su buen amigo, Bruno, superan.

Así, avanza el libro entre los altibajos del narrador y así crece este, entre sus coqueteos con la demencia y la vida de un ser destinado a cosas estupendas. El lector, en lugar de convertirse en testigo de un futuro criminal (cuando llega el crimen, la impresión inevitable es que se ha esperado

mucho, muchísimo, en un largo inventario de naderías), se encuentra con un narrador que asume estar contando una novela más emocionante de la que está contando y que, tal vez por eso, describe y nombra las acciones con adjetivos y frases sobredimensionadas o que no van a la par del relato: “me sentía un miserable esclavo sometido, sin libertad y sin posibilidades de escapar a las poderosas redes de la injusticia” (p.24). O, cuando habla de la relación que tuvo con uno de sus maestros, la tacha de soberbia complicidad, sin que tal efecto se respire en las dos páginas que le dedica.

La novela de Mendoza está llena de frases y explicaciones alargadas, de explicaciones que se añaden a las explicaciones, de un esfuerzo casi siempre vano por sonar verosímil, de reflexiones planas o criterios maniqueos que aumentan conforme el narrador se empeña en escrutar su personalidad (como en los ataques psicóticos o las alucinaciones). También se escucha vacuo y presumido que lleguen a decirle *novelista* al propio Tafur, quien, además, va recopilando una sarta de lugares comunes sobre la lectura y la escritura. Precisamente, cuando habla sobre la escritura y su preparación de escritor, Tafur parece describir su propia narración: “la mayoría de los libros de artistas jóvenes nos muestra una escritura de superficie, incapaz de ahondar en las escenas que relata, es una escritura que aún no ha sangrado, es un lenguaje al que no le han puesto las banderillas, verde, sin jugo ni sustancia” (p.183).

Sin jugo ni sustancia, eso es el libro del escritor bogotano. Tal vez el personaje de Rogelio sea el que mejor encaja en el libro, porque cuando llega (y se va enseguida, claro) parece instalarse cómodamente

en el ambiente de la trama. El análisis que se hace sobre Wakefield puede decirse que aporta también al conocimiento general sobre Tafur y, de paso, a una noción de territorialidad no desligada de los tormentos del individuo, dilema que conduce a que, como el personaje Wakefield, quiera ser otro y fugarse de su propia vida o de su hogar.

Kirvin Larios

Estudiante del programa de Literatura

Correo: *klarios774@unab.edu.co*

RESEÑA : HILO DE SANGRE AZUL

Recibido: 1 de marzo 2018
Aprobado: 2 de mayo 2018

Patricia Lara Salive. Bogotá. Editorial Planeta Colombiana S. A. 2014. 278 páginas.

Patricia Lara es una periodista colombiana, fundadora del semanario *Nueva Frontera* y de la revista *Cambio 16*. Actualmente, es columnista de *El Espectador* y de *El País* de Cali. En 1994 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo. Ha escrito dos libros de periodismo y tres novelas. De ellas, *Hilo de sangre azul* es la segunda.

Hilo de sangre azul narra la historia de Sara Yunus, una periodista que inicia una investigación para el periódico en el que trabaja cuando, al salir de su apartamento, encuentra un hilo de sangre que sale de la vivienda de Pedro Ospina, su vecino. Este era un reconocido financista que captaba dinero a un alto interés mensual y cuyos mayores inversionistas eran sus propios vecinos, personajes influyentes y poderosos. La historia se desarrolla en Bogotá y los eventos principales ocurren en un edificio del norte de la ciudad. La primera hipótesis sobre la muerte de Pedro Ospina es el suicidio, pero, durante la investigación, algo hace pensar a Sara que pudo haber sido asesinado y todas las personas cercanas a él son sospechosas, principalmente porque se sienten víctimas de sus malos manejos financieros. En la lista de sospechosos, están desde la portera del edificio hasta la ex esposa de Ospina, quien lo dejó después de sorprenderlo en la cama con otra mujer.

Esta es una novela escrita en tercera persona, con muchos diálogos y varias conversaciones en forma de monólogo que ayudan a desarrollar la trama. La autora usa un lenguaje sencillo y recurre con frecuencia a analepsis. A través de confesiones con la periodista, los protagonistas de esta novela exorci-

zan sus males y hacen catarsis, de forma que podemos conocer sus historias de intrigas, infidelidades y traiciones. Vidas con pasados trágicos sin superar.

Los temas más impactantes de la novela son la corrupción judicial, la educación represiva y sus consecuentes sentimientos de culpa, las infidelidades, la doble moral, la evasión de impuestos, las falsas percepciones del uno y el otro que tienen las parejas, la ambición desbordada, los sobornos, el chantaje, los delincuentes de cuello blanco, las vidas pasadas y los matrimonios desgastados que no se disuelven, ya sea por costumbre, necesidad económica o miedo a la soledad.

Sin embargo, hay dos temas que pueden llegar a sobrecargar la historia. Por una parte, las excentricidades al narrar los eventos sociales a los que asistían los personajes, especialmente las listas de artistas invitados y, por otra, el minucioso detalle de las creaciones gastronómicas de la protagonista y las ostentosas comidas de los demás personajes. Sin embargo, la historia y su protagonista presentan un espíritu investigador y, tal vez por ello, varios lectores logran identificarse con la historia.

María del Pilar Valencia Jiménez

Estudiante del programa de Literatura

Correo: mvalencia573@unab.edu.co